

garon los cuerpos mexicanos que saliendo de sus posiciones fortificadas fueron á contener y rechazar las soberbias columnas adversarias!... Hubo refriegas en que jefes y oficiales dieron ejemplo de valor á sus tropas, cayendo épicamente al frente de ellas el bravo general León y los coroneles Balderas y Gelati!... ¡Jamás el ejército americano había sufrido tanto como ante el valor de estos valientes, en el Valle de México!

Á última hora, como siempre, aparecieron las Reservas de Santa Ana, logrando apenas contener, en torno de Chapultepec, las excursiones de los voluntarios del enemigo, trabándose combates parciales en los campos que se extendían á uno y otro extremo del bosque y las calzadas. La artillería del Castillo hizo retroceder á las fuerzas americanas las cuales en la tarde tuvieron que evacuar las posiciones que nos conquistaran á tan alto y enorme precio de sangre!



XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC



General León.

XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC

La batalla de Molino del Rey demostró plenamente todo el poder de resistencia de que eran capaces las tropas mexicanas, dirigidas con acierto, entereza y valor.... Jornada fué aquella que costó al enemigo torrentes de sangre y varios elementos de guerra, sin lograr obtener las ventajas que merecían semejantes sacrificios.

El general Scott, como dijimos ya, dirigió sus fuerzas contra el Molino del Rey y sus posiciones adyacentes, creyendo adquirir trofeos inestimables y gran cantidad de pólvora, en cuyo concepto, y deseando avanzar por la vía occidental sobre México, amagándolo desde el mismo Chapultepec — golpe de terrible efecto moral sobre el Ejército y la población —, tuvo cruel y profundo desengaño al ver el tristísimo resultado de la batalla que le costó considerables pérdidas. Vió que en los depósitos de Molino del Rey y Casa Mata no había el rico material de guerra que creyó adquirir, ni mucho menos pudo tener con tan arriesgada y sangrienta conquista tantos estratégicos que compensaran la suma de ener-

gías vitales y pecuniarias vertidas en sus operaciones del 8 de Septiembre y las que le precedieron.

Bien sabido es que los generales Worth y Scott tuvieron agrio altercado porque aquél se oponía al proyecto de su general en jefe, juzgándolo inconducente y antiestratégico. Y efectivamente, poco avanzó el caudillo americano después de la sangrienta jornada del Molino del Rey, si se tiene en cuenta que bien pudo evitar aquel choque general, rehuyendo las posiciones sobre las que lanzó sus brigadas, concretándose a tomar Chapultepec, para seguir sin obstáculo hasta la garita occidental de Belem.

Sin embargo, para la causa mexicana la acción de armas que hemos referido fué uno de los últimos desastres, uno de los últimos eslabones trágicos de la lúgubre cadena que, tendiéndose de Oeste á Oriente, limitó las fronteras de nuestra patria, retrocediéndola centenares de millas al Sur.

Nuestras pérdidas en el Molino del Rey fueron terribles, pues cayeron en poder del enemigo, según sus mismos partes, más de 800 hombres, inclusive 51 oficiales, en su mayor parte de la brigada León; pero el adversario sufrió también hondamente, teniendo 38 oficiales y 729 soldados fuera de combate, además de multitud de prisioneros y dispersos.

Mas si para el enemigo esta jornada fué costosa, para nosotros tuvo un efecto moral decisivo, produciendo el mayor desencanto en la población de la Capital, estremecida dolorosamente por esta catástrofe, no obstante que el general Santa Ana la hizo celebrar como un triunfo, con repiques y dianas!

¡Quería el general en jefe arrojar velos de apoteosis triunfales á sus postreros descalabros!

¡Y pensar que todavía el día 7, en la misma víspera, se convirtió en paseo y regocijamiento público la extensión que ocupaban el Oeste de Chapultepec, los Molinos, la Casa Mata y calzadas de Anzures y la Verónica!... ¡Pensar que de nuevo, después de tan inauditos desastres había sonreído la esperanza de victoria, tanto que la muchedumbre frenética de entusiasmo patriótico, saludó á Santa Ana con gloriosos vivas, redoblando con el griterio universal, las sonoras cajas de guerra, los repiques de las campanas y el rimar flamígero, vibrante y bélico de cien trompetas y clarines!... Triste apoteosis militar de aquel hombre siniestro que tanto había ido amontonando pesadumbres y atroces infortunios sobre la Patria!

...
¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!...

Resurgía la fatídica palabra, vibrando en todas las clases sociales con chasquidos de látigo vengador que azotara vergonzosamente encorvadas espaldas de esclavos!

¿Por qué, por qué no había cargado la caballería? — se preguntaban peritos y profanos en el arte de la guerra... ¿por qué Santa Ana desguarnecía siempre las líneas que iban á ser atacadas, y cuando estallaba el conflicto no iba en auxilio de los angustiados combatientes, ó cuando lo hacía era para llegar tarde como en esta batalla á cuyo campo se dirigió á la cabeza del 1.º Regimiento Ligero, acudiendo sólo á presenciar los estragos de la infausta rota del bosque de Chapultepec?...

Habiéndose retirado los americanos á Tacubaya dejando destacamentos en las posiciones conquistadas,

con artillería ligera y gruesa para batir el bosque y lo alto del cerro, siguióse un duelo de artillería entre la suya y la nuestra, que contestaba dignamente desde la almenada corona del Castillo. Pero al fin los enemigos tuvieron que abandonar el campo, hostigados por nuestros fuegos.

Del 8 al 11, el ejército americano se concretó á reorganizarse, haciendo aprestos desde su Cuartel General que estaba en Tacubaya, para dar un vigoroso asalto contra el Poniente de la ciudad de México. Las tropas enemigas de Tlalpam, Churubusco y Coyoacán, reforzaron en parte á las de San Ángel y Tacubaya, y las avanzadas de las lomas, mientras otras fracciones tenían orden de hacer una demostración de ataque sobre las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria.

El general Scott después de haber hecho reconocimientos importantes por las regiones del Sur de la ciudad, se decidió á efectuar el ataque, principalmente por el Oeste, apoderándose de la altura de Chapultepec.

Con este objeto hizo instalar cuatro baterías para que bombardearan el Castillo hasta destrozarlo, produciendo terrible efecto moral entre sus defensores. La primera, compuesta de dos piezas de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, se instaló en la hacienda de la Condesa para batir el Sur del Castillo, defendiendo sus fuegos al mismo tiempo la calzada de Tacubaya y Chapultepec. La segunda constituida de un cañón de á veinticuatro y un obús de á ocho pulgadas, se situó en la loma del Rey, frente al ángulo S. E. del fuerte; colocándose la tercera, con un cañón de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, á doscientos cincuenta metros de los molinos; mientras la cuarta, con un grueso obús

de diez pulgadas quedó abrigada dentro del mismo edificio del Molino.

Á estos elementos esenciales que para efectuar el bombardeo acumuló el adversario al Poniente y Sur del Castillo, hay que agregar numerosa artillería de reserva, compuesta en su mayor parte de nuestros mismos cañones de sitio y plaza arrebatados en Cerro Gordo, Churubusco y Padierna, sostenido todo este apresto por densas líneas de infantería, cubiertas por baterías ligeras y Exploradores Ligeros á caballo.

Hábilmente engañó Scott á Santa Ana, haciéndole creer que intentaría el ataque por el Sur de México, enviando á la división Quitman de Coyoacán, á unirse con la de Pillow, *de día*, amenazando las garitas meridionales; pero con orden estos jefes de volver, *en la noche*, con el mayor sigilo y silencio á Tacubaya donde estaba de Cuartel General americano.

El general Twiggs con la brigada Rayler y dos baterías de campaña, quedaron ante dichas garitas en actitud amenazadora.

Nuestro general presidente cayó en el lazo, y al instante que supo lo de las maniobras enemigas contra el Sur de la población, retiró fuerzas de Chapultepec y otros puntos para engrosar sus reservas, dirigiéndose con ellas hacia San Antonio Abad, Niño Perdido y la Candelaria.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas rompieron sus fuegos sobre el bosque y el castillo, produciendo espantosos estragos, y después de que aquéllas rectificaron sus punterías pudieron al fin enviar con el más terrible éxito, sus cohetes á la Congrève, sus granadas y sus bombas de hierro...

Chapultepec apenas estaba defendido por muy lige-

ras obras de fortificación : en el exterior un hornabeque en el camino que va á Tacubaya. En la puerta de la entrada oriental : un parapeto y en la cerca débil é impropia como defensa militar, que entonces rodeaba el bosque por la parte Sur, se construyó una flecha, abriéndose en torno un foso de 7 metros de profundidad. Este debía rodear todo el bosque; pero semejante obra, como otras muchas que se empezaron á ejecutar en una posición que debió haber llamado poderosamente la atención de Santa Ana ante un enemigo que tan bien demostraba su designio de atacar la capital por el Oeste, no quedó terminada, y apenas si se colocaron tablones y morillos cavándose al derredor algunas cordaduras entre zanja y zanja. Otras flechas tendiéronse al Poniente y al pie del cerro, colocando fogatas y trampas en combinación, por el trayecto que se suponía siguieran las columnas asaltantes.

El recinto del edificio pomposamente llamado *Castillo*, se rodeó en gran parte con parapetos de sacos de tierra y revestimientos de madera, ramajes y adobes, blindándose los techos que cubrían los dormitorios del Colegio Militar y los principales depósitos.

Apenas 7 piezas de artillería defendían esta posición tan descuidada, en suma, por Santa Ana : dos de á veinticuatro, una de á ocho, tres de campaña de á cuatro y un obús de á sesenta y ocho.

Era el jefe del punto el ilustre y benemérito general Don Nicolás Bravo, quien tenía como segundo al general Mariano Monterde, contando con una guarnición de tropas bisoñas y desmoralizadas, que á la hora del conflicto sumaban unos 800 hombres los que se distribuyeron en las obras del bosque y en la propia defensa del edificio, en lo alto del cerro.

En vano el general Bravo hizo ver á Santa Ana lo peligroso que era abandonar la posición al cuidado de tropas reducidas y de mala calidad, (contingente de reclutas indígenas de varios Estados) á los que no se supo ó no se pudo, ó tal vez no se quiso, ni se intentó, hacer penetrar en sus conciencias la fé patriótica, endeerezando el viejo temple heroico de su raza hacia el denuedo provechosísimo de una gran resistencia ante el Invasor.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas principiaron el bombardeo sobre el bosque y el llamado *Castillo*, contestando sus fuegos muy escasamente nuestra pobre artillería.

Al principio, fueron nulos los efectos de los primeros disparos dirigidos contra el fuerte; pero muy pronto los jefes ingenieros del enemigo rectificaron sus punterías, y durante todo el día cayó sobre Chapultepec una lluvia de granadas, bombas y cohetes á la Congreve, produciendo estragos espantosos en el material de las fortificaciones y en la escasa tropa que las guarnecía. Hubo necesidad de retirar gran parte de ella para que no sufriera impunemente tan mortíferos fuegos, colocando tras del cerro, hacia el Oriente, á todos los defensores que no pertenecían á la artillería y á los no empleados en las obras de defensa. El enemigo mantuvo en el aire una bomba, en toda la jornada del día 12, terminando la actividad de sus baterías á las once de la noche.

En la noche, mientras el general Nicolás Bravo estaba con desesperación, como ya indicamos, por que reforzaran las tropas de su mando con parte de las reservas intactas que Santa Ana llevaba de un

extremo á otro de la ciudad y sus contornos, sin que, por supuesto, el jefe del punto fuera atendido, el general Scott combinaba sus últimas evoluciones que debían preparar el asalto de Chapultepec.

Apenas se inició la terrible noche del 12 al 13, cuando se comprendió en un instante los desastres ocasionados por el bombardeo, el que según el plan del enemigo, había desmantelado cuanto pudiera servir para operar una resistencia, si no imposible de ser domada, al menos gloriosa para nuestras armas y costosisima para el asaltante.

Á última hora se efectuaron las reparaciones más urgentes, aprovechando las tinieblas, no sin que entre tanto desertaran reclutas, indígenas incapaces de comprender la trascendencia y la ignominia de su acción frente al enemigo, atribulados y desmoralizadísimos como estaban, y sobre todo sin que hubieran surgido voces inteligentes y patrióticas que les hiciesen luz en sus pobres cerebros ensombrecidos.

Algo reanimó el general abatimiento en aquella noche, la presencia, á lo lejos, de una fuerza del Estado de México que llegaba á reforzar las del Valle, al mando del mismo Gobernador Don Francisco M. Olaguibel, perseguida por algunos escuadrones americanos que no se atrevían á atacarla.

Aquellas tropas, unidas á ciertas fracciones de la caballería del general Álvarez, que vagaba tristemente é inútil, por los campos occidentales, debía ser de un gran efecto táctico á retaguardia de las divisiones enemigas que, desprendiéndose de sus posiciones de Molino del Rey y adyacentes, irían á dar los fulminantes asaltos contra el quebrantado Chapultepec.

Mas, por desgracia, se repitieron las mismas, las

eternas faltas de esta lamentable campaña. Hubo órdenes y contraórdenes del general presidente; fatigóse á la tropa sin resultado práctico: tras mil evoluciones tuvo que entrar aquel auxilio del Estado de México, á la capital, lo mismo que las reservas y el pomposo Estado Mayor del general Santa Ana.

Para cooperar á la defensa del Castillo, se dispusieron en la falda del cerro, por la parte Oeste que era entonces la más accesible, unas fogatas de barrenos de pólvora, que no llegaron á encenderse por no bajar á tiempo el teniente de artillería encargado de hacerlas estallar.

Al amanecer del día 13, el enemigo principió más activo que el día anterior el bombardeo, desde las posiciones de Molino del Rey y la batería del Sur. Á las seis de la mañana, el general Bravo comunicó al Ministro de la Guerra la deserción de gran parte de sus tropas desmoralizadísimas por los estragos y sangre que causara la artillería enemiga, encareciendo la necesidad de que se cambiara su fuerza por cualquiera otra en diferentes circunstancias. Santa Ana insistió en no enviarle auxilio alguno hasta la hora del asalto.

Entonces Bravo, sabiendo que la brigada de reserva del general Rangel se hallaba al Oriente muy inmediata, solicitó de éste algún refuerzo, pero se le contestó que no era posible, sin orden del general presidente.

Á las nueve de la mañana, el enemigo lanzó sobre el bosque tres columnas de asalto, una por la parte occidental y las otras á derecha é izquierda, llevando á su frente secciones de Zapadores con palas, barretas, hachas y escalas.

Los americanos avanzaron con resolución, haciendo

á trechos certeras descargas de rifle sobre los parapetos del bosque, donde nuestros escasos soldados respondieron con su fusilería á los gritos de ¡viva México! Al llegar á ellos trabóse desesperada refriega al arma blanca, mas los defensores fueron arrollados por el impulso de aquella masa superior erizada de bayonetas penetrando al bosque las columnas. En estos instantes el general Santa Ana, no obstante el último aviso apremiante de Bravo, se contentó con enviar por todo refuerzo al Castillo, al batallón de San Blas al mando del bizarro teniente coronel Santiago Xicotencatl.

Esta fuerza no tuvo tiempo de subir al Castillo; pero su jefe con admirable denuedo y energía, la tendió entre el bosque, oponiéndose al desemboque de las columnas asaltantes, rompiendo al punto sus fuegos sobre ellas. Entretanto, otra sección americana se dirigía hacia el Norte, amagando la calzada de Anzures, con el intento de llamar la atención de nuestro general en jefe que se encontraba con la brigada Lombardini y el batallón Hidalgo en la calzada de Belén. Otra demostración semejante efectuaba al mismo tiempo el enemigo sobre la calzada de la Condesa.

Y he ahí á Santa Ana dando órdenes y contraórdenes á sus fuerzas de reserva, mandándolas de un lado á otro, inútilmente, mientras el verdadero asalto sobre el Castillo desarrollaba en el bosque espantosa tragedia de sangre y fuego; mientras el batallón « San Blas » rodeado por enemigos superiores caía épicamente al pie del cerro, muriendo la mayor parte de sus oficiales y soldados lo mismo que su valiente jefe, cuyo nombre célebre Xicotencatl quedó otra vez inmortalizado!... Bajo la alta bóveda de los viejos ahuehetes, en medio

de una aureola de fuego, nubes de pólvora, relámpagos de sables y bayonetas, cae el héroe envuelto en su bandera atravesado por veinte balas, gritando : ¡ Viva México!

El enemigo subió por la rampa y por las partes practicables, aprovechándose de las asperezas, rocas y arbustos del cerro, para hacer fuego tras ellos, en tanto que de las defensas que rodeaban el Castillo brotaban las descargas de sus defensores, deteniendo á los asaltantes. Reforzados éstos por nuevas tropas, llegaron bajo una granizada de plomo hasta el edificio que coronaba la altura, donde todavía encontraron heroica resistencia en los alumnos del Colegio Militar, quienes tuvieron la gloria espléndida de ser los últimos que hicieron morder el polvo al Invasor en aquella jornada!

Éstos, no obstante la orden de retirarse que les había dado el general Bravo, prefirieron morir con honra; y desde que aparecieron á su alcance los enemigos, estuvieron haciendo fuego desesperadamente, y cuando cayó la mayor parte del Colegio, se retiraron con algunos soldados, al jardín que quedaba sobre el velador donde fueron hechos prisioneros.

¡ Eterna es la gloria de aquellos niños héroes que admiraron al enemigo con su entereza de bronce, honrando la Bandera de su Patria y sellando con luz de sol, — luz roja de crepúsculo trágico, luz roja como su sangre — la Leyenda del augusto Chapultepec!

¡ Qué noble orgullo para los jóvenes alumnos del Colegio Militar de México, iniciarse en la bizarra carrera de las armas, en una Academia cuya historia resplandece con tan sublime página! ¡ Qué aliento para seguir á

través de catástrofes y obstáculos, recordando el sacrificio de los valientes niños!

Murieron defendiendo el último reducto del Colegio Militar, los siguientes alumnos cuyos nombres no debemos olvidar nunca: Teniente Juan de la Barrera y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia; y siendo heridos el subteniente Pablo Banuet y los alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero. Quedaron prisioneros con el general Monterde, director del Colegio, los capitanes Francisco Jiménez y Domingo Alvarado; los tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz, Luis Díaz, Fernando Poucel, Joaquín Argaiz, José Espinosa y Agustín Peza, y los subtenientes Miguel Poucel, Ignacio Peza y Amado Camacho, con el sargento Teófilo Nores, el cabo José Cuellar, el tambor Simón Álvarez, el corneta Antonio Rodríguez, y 37 alumnos de fila.

Tomado el Castillo, hecho prisionero su jefe, el general Bravo, llegaron nuevas fuerzas americanas a la posición, que eran las que habían atacado vigorosamente a la derecha de la línea organizada por Santa Ana y que sostuvieron reñidos combates por entre el acueducto y la calzada. La brigada del general Rangel resistió el choque hasta que empujada por enemigo superior, tuvo que ceder abandonando su reducida artillería, retirándose a las Garitas de la Capital.

El enemigo quedó pues, nuevamente victorioso en estos últimos combates, no sin que su triunfo le costara sangrientos sacrificios, perdiendo la quinta parte de su fuerza, dejando bajo las hermosas enramadas de Chapultepec ensangrentada, muerta ó herida la flor magnífica, de su oficialidad!

Y también quedaron bajo el antiguo bosque de *Moctezuma* y *Netzahualcoyotl*, aquellos radiantes juvenes mexicanos, — alumnos del *Colegio Militar*, eternamente glorioso en los Anales patrios, — sucumbiendo en la refriega heroica, de cara al Deber, mirando al Cielo!....

